

POR TIERRAS CASTELLANAS

## El palacio de doña María de Padilla, en Astudillo



Dos de las fachadas del palacio de doña María de Padilla

## LA DILLA

CERROS desnudos, de caliza blanca, limitan el horizonte de la villa palentina de Astudillo. El campo no tiene la grandiosidad de otros lugares de Castilla, en los que la llanura se confunde con el cielo en la lejanía. Es aquello como un rincón apartado de la alta meseta. Las aguas del Pisuega pasan bastante lejanas del caserío, que está en un terreno seco, privado del amable acento de la vegetación. No es fácil sospechar por qué se fundó un pueblo en sitio tan yermo y tan falto de todo atractivo.

Un castillo arruinado domina desde un otero a la villa. Sus dos iglesias, medievales, sus viviendas, el Ayuntamiento, no consiguen darle aspecto monumental. Perdida la fabricación de paños, destruida la gran riqueza del viñedo, Astudillo, como muchos otros pueblos españoles de Castilla, es tan sólo triste sombra de un pasado glorioso.

En un extremo de la población, sin que sus construcciones sobresalgan del pobre caserío, levántanse un convento y un palacio, cercanos, a los que el reposo secular en que yace esta tierra ha conservado casi tal como fueron elevados hará seis siglos. A ellos va unido el recuerdo de una dulce y noble figura de mujer. Llamóse de doncella, su fundadora, Mari Díaz, y, más tarde, ya en amores con el Rey Don Pedro I el Cruel o Justiciero, se la conoció por D.<sup>a</sup> María de Padilla. De estas tierras de Astudillo procedía su linaje; su padre, rico hacendado castellano, en ellas ejercía señorío; tal vez ellas contribuyeron a formar su espíritu.

## LA MUJER

Cuando tenía Don Pedro diez y siete años conoció en León, en el palacio de los Quiñones, a Mari Díaz, «la más apuesta doncella que por en-

tonces se hallaba en el mundo»—según afirma la *Cuarta Crónica General de España*—, de buen linaje é muy fermosa é pequeña de cuerpo é de buen entendimiento», con palabras del cronista Ayala. Desde entonces es la fiel compañera, la abnegada amante del Rey, al que sigue en su vida nómada. Al lado de la figura de éste, recargada de tintas sombrías, la Historia nos muestra la de la Padilla, cuya existencia fué sólo de amor y bondad. La vida parece complacerse, á veces, en estos contrastes.

De todos los personajes de aquellos tiempos, aun de las hembras reales, los cronistas cuentan odios, crímenes y traiciones; de D.<sup>a</sup> María tan sólo relatan su pasión por el Rey, sus tristezas cuando éste andaba en otros amores, y la bondad con que libró de la muerte á gentes por él condenadas, procurando siempre dulcificar sus rigores. Cuando decidido por Don Pedro el asesinato de su hermano D. Fadrique, éste es recibido en el Alcázar de Sevilla, D.<sup>a</sup> María, «que sabía todo lo que estaba acordado contra él, al verle, fizo tan triste cara, que todos lo podrían entender, ca ella era dueña muy buena é de buen sexo, é non se pagaba de las cosas que el Rey fazia, é pesabale mucho de la muerte que era ordenada de dar al Maestre», dice el citado Ayala. En Olmedo salva la vida á Alvar Pérez de Castro y á otros caballeros, advirtiéndoles que el Rey les quiere matar.

En 1361 muere, aún joven, en Sevilla, «de su dolencia», como dice Ayala. Mujer castellana, resignada siempre con su destino; mujer de hogar, de vida retirada y humilde, no la desvanecen ansias de poderío, ni orgullos desmedrados. Tan sólo supo amar y perdonar. Más que de amante de un Rey, violento y arrebatado, parece su vocación la de mujer de un hombre de afán que no tuviera, como nos lo describe Fernán Pérez de Guzmán en sus *Generaciones y semblan-*

zas, «si no una azada é un asno con que mantenerse así é á su mujer é á sus fijos».

## EL CONVENTO Y EL PALACIO

Fué en 1353 cuando D.<sup>a</sup> María consiguió la autorización para construir un convento de monjas clarisas en Astudillo, casa en la que se conservarían sus restos y se rogara á Dios por su alma. En 1356 otorga la escritura de fundación. Dolorida por las infidelidades de Don Pedro, trató alguna vez de encerrar su vida entre las buenas Claras de su convento de Astudillo; pero el amor del Rey, que siempre le retornaba, mudóle el propósito. Finalmente, allí van á enterrarla desde Sevilla, y sus despojos guardáronse en el monasterio hasta que en tiempo de Felipe II deshacen el viaje para ir á reposar, como dejó mandado Don Pedro en su testamento, «del un cabo á la mano derecha», del sepulcro del Rey en la catedral hispalense.

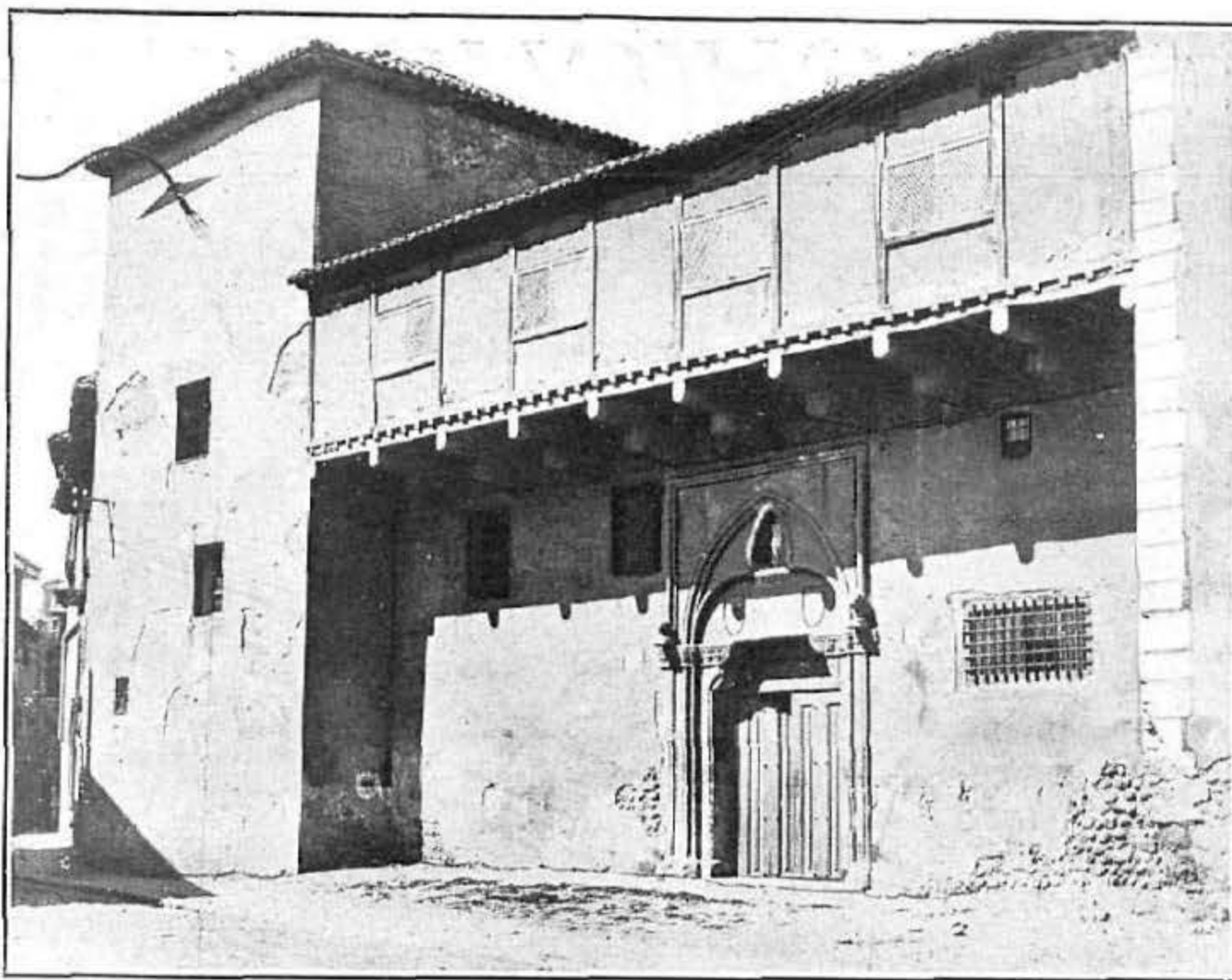
Es el convento de Santa Clara un edificio modesto, con un alto ábside de piedra, poligonal, de rasgadas ventanas y bóveda de crucería, y una nave cubierta por un techo mudéjar de arteson y tirantes pareados. Tras la fuerte reja, que aísla el coro, alíbase una interesante sillería morisca, con escudos pintados, y un sepulcro gótico, de yesería, en el que enterraron á la fundadora. Dentro de clausura cuentan con dos grandes patios, en uno de los cuales se encuentra una cámara, que llaman de la Reina, cubierta de maderas labradas, y con una puerta mudéjar, pareja de otras que quedan, con inscripciones cúficas.

Al lado del convento, y fuera de clausura, está el palacio, pobre construcción que se conserva casi íntegra. Tiene la fachada un frente de piedra, obra exótica en el arte castellano, que, como la del palacio de Tordesillas, construido por Alfonso XI, es interpretación de otras mu-



sulmanas, y análogas ambas en disposición, aunque no en riqueza, á la del Alcázar de Sevilla. En el resto de los muros alternan el ladrillo en esquinas y guarniciones de ventanas con el castellano tapial. Forman el palacio, en planta baja, dos grandes salones: uno, rectangular, á modo de vestibulo; otro, estrecho y largo, adosado á él por uno de sus lados menores. Cúbrese con sencillos artesonados mudéjares. En el piso superior, destinado, sin duda, á vivienda, los techos son lisos y las habitaciones pequeñas.

En su construcción vese la influencia del arte musulmán andaluz al lado del mudéjar, de larga tradición en estas tierras de Castilla la Vieja. Desde el siglo XII existe en ellas un arte popular, de influjo mahometano, cuyos centros fueron Sahagún, Olmedo, Arévalo y Cuéllar. En estilos románico ó gótico, importados de fuera, construyense de piedra los grandes monasterios, las catedrales, las fundaciones de Reyes y magnates, mientras que el pueblo, fiel tal vez á una tradición remota, emplea el ladrillo en sus modestos templos, y el tapial y el adobe en sus viviendas. A veces este arte parece renovarse con influjos andaluces; otras, adquiere un transitorio carácter aristocrático en los reinados de monarcas populares, más amantes del estado llano que de la nobleza, como



Palacio de los Quiñones, en el que el Rey Don Pedro conoció á doña María de Padilla

fueron Don Pedro I y Don Enrique IV. La vida del primero pásase entre el Alcázar de Sevilla, construido por artífices musulmanes, y los palacios de Tordesillas y Astudillo, que también deben gran parte de sus formas al arte andaluz.

#### LOS PALACIOS CASTELLANOS

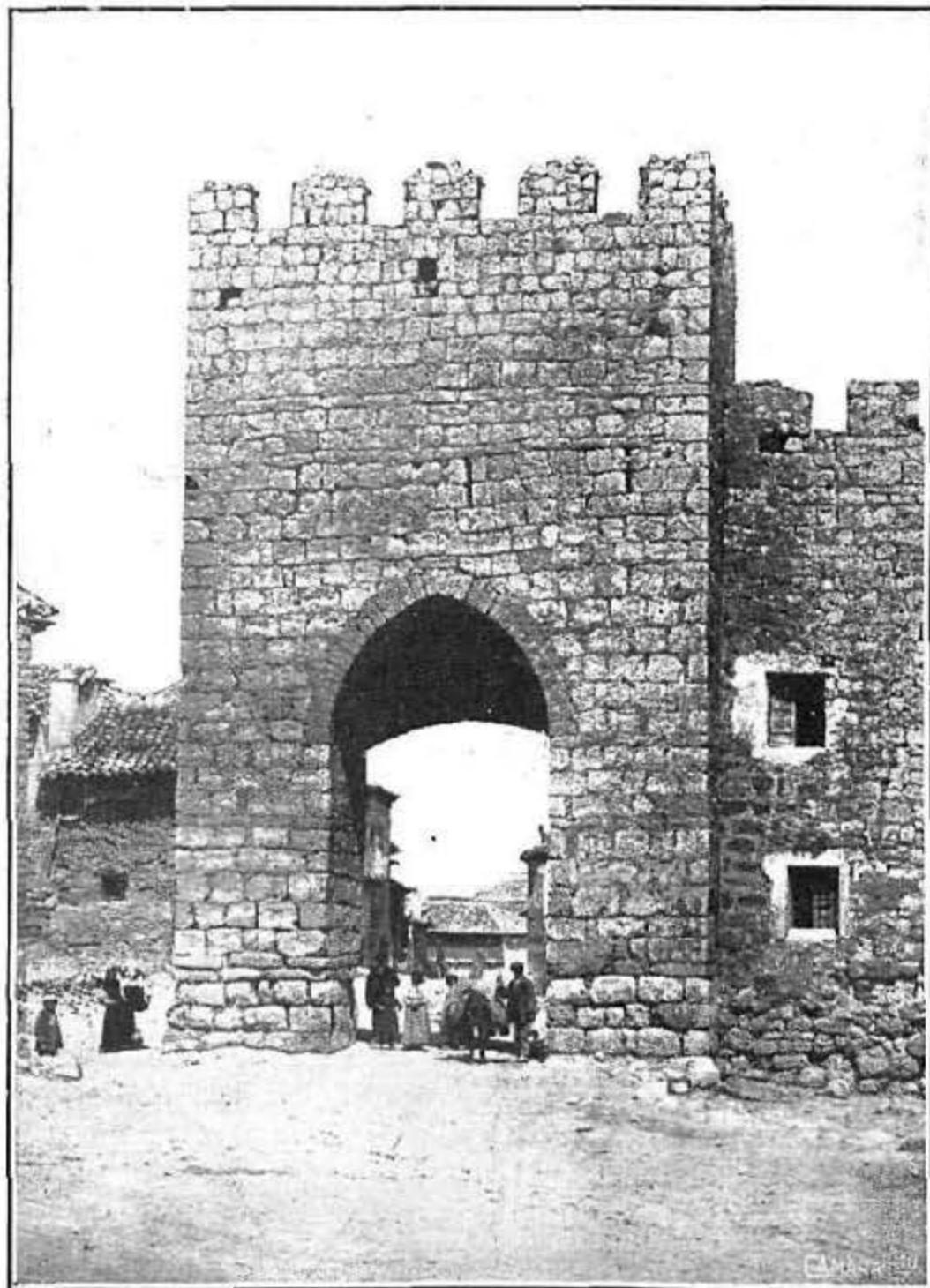
Tal es el palacio de D.<sup>a</sup> María de Padilla humilde vivienda, que apenas sobresale de las ca-

sas cercanas. No fueron más lujosos la mayoría de los aposentos de los Reyes castellanos, de vida recia y dura, siempre de lugar en lugar y de fortaleza en fortaleza. Aún humildad mayor es la del palacio en el que nació la Reina Católica, en Madrigal de las Altas Torres; y los restos de otros medievales, de nobles y magnates, que aún quedan en Castilla, fueron contruidos con los materiales que da el país: maderas bravias, adobes, tapias y ladrillos. Que para el breve tránsito que es la vida, el sobrio castellano contentábase con tener satisfechas las más elementales necesidades, reservando riquezas, lujo y magnificencia para iglesias y monasterios, moradas eternas de los despojos humanos.

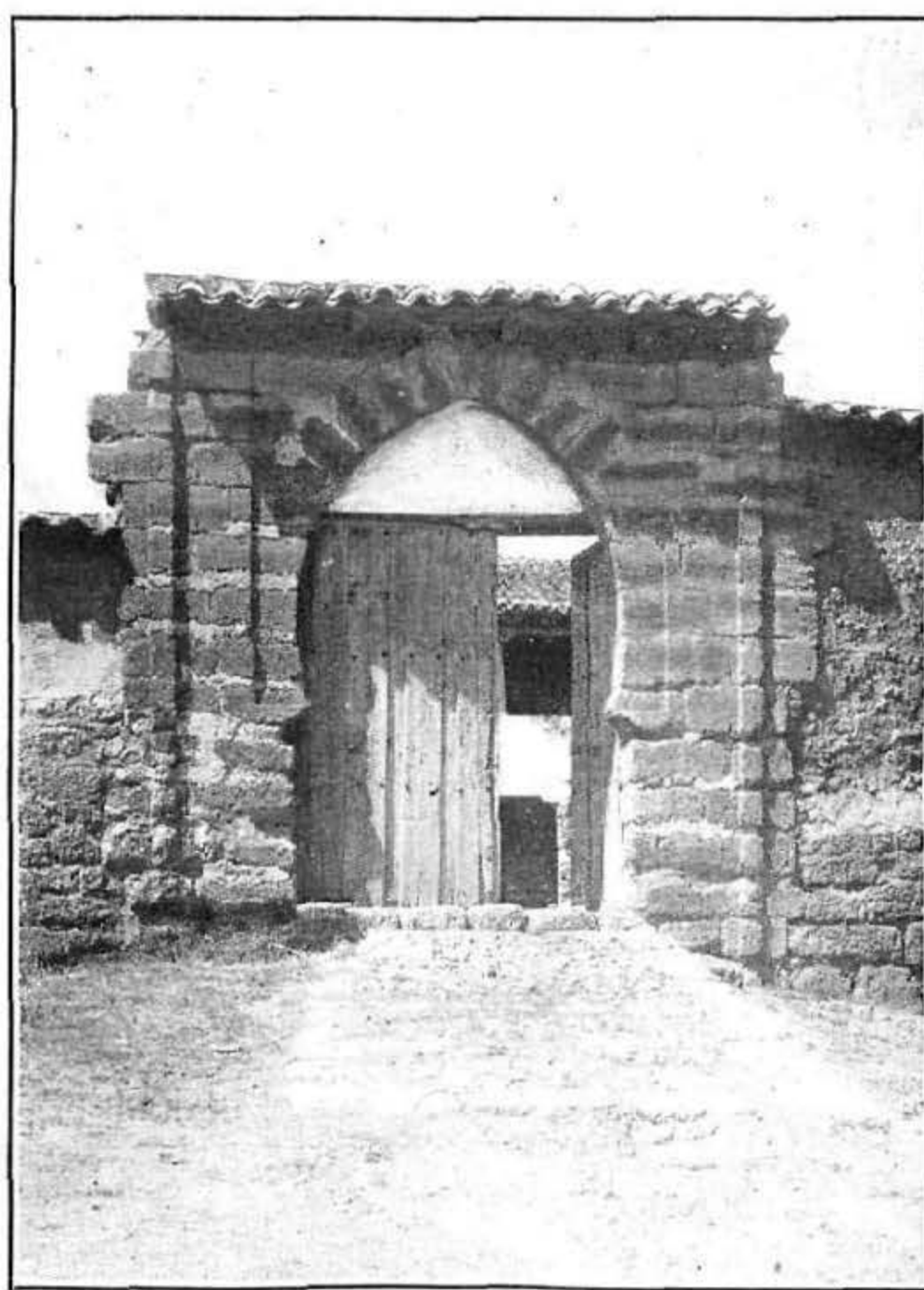
ccc

En el palacio de Astudillo, escenario de la existencia atormentada de Mary Díaz, sacudida por el vendaval de la pasión, vive hoy un buen sacerdote. Todo es allí calma, silencio y soledad. A ciertas horas, oyense las campanitas del convento cercano y los cantos religiosos de las Clarisas que lo habitan. Y es este rincón, como imagen actual de Castilla, inquieta y vibrante antaño, dormida hoy en un sueño que va semejando eterno...

LEOPOLDO TORRES BALBÁS



La puerta de San Martín, en Astudillo



Puerta contigua al palacio de doña María de Padilla